

EL HALCON Y LA FLAUTA



Una pequeña banda, precaria y de consistencia casi milagrosa, era lo único en Buenos Aires capaz de oponerse sin riesgos a la naturaleza asesina de unos automóviles verdes que llamaban Falcon. El día que Carlos me telefonó para decirme que yo también había caído en desgracia, que estos animales husmeaban por toda la ciudad en mi busca y debía esconderme, me sorprendió que mi posible salvación dependiera de unos simples conocimientos musicales.

El refugio era un apartamento en el barrio del Once, apenas ventilado por un tragaluz. Además del material de música, había allí comida enlatada, cebolla y galleta marinera, lo cual me pareció absurdo y anticipo de un desastre. En pocas horas mis vínculos con el mundo habían terminado. Las paredes del apartamento vibraban como golpeadas por fuera. Acodado en la mesa que llenaba la mitad del poco espacio disponible me enteraba, por la Teoría de Williams, de las primeras nociones musicales. Afuera sería la noche cuando por fin tuve ánimo para telefonar a Carlos y pedirle que me aclarara el raro asunto de la música. Entonces me contó lo de la bandita.

Le constaba que en Buenos Aires actuaba una banda musical extranjera que una vez por semana elegía un punto diferente para dar su concierto y repartir folletos religiosos. Mientras los músicos tocaban, los efectos del Estado de Sitio desaparecían, y la gente reunida a su alrededor podía opinar, informarse y comprarles globos a los chicos, como si se tratara de un día de fiesta en un país libre. Y era cosa sabida que el furgón blanco de los músicos, con su graciosa leyenda Salva tu alma, era lo único capaz de resistir con éxito las iras de un Falcon verde, acaso por su naturaleza extranjera y vagamente diplomática. Mi obligación era estudiar hasta que se pudiese prever el lugar de aparición de la bandita, esperarla en el momento justo y lograr integrarse a ella sin mayores riesgos. Le dije que estaba loco si pensaba que me iba a poner a estudiar un instru -



mento musical por algo tan absurdo como la supuesta bandita y me contes-  
tó, como si no me hubiese oído, que en un cambalache de la calle Piedras  
le había echado el ojo a una trompeta muy maltratada que sonaba todavía.

Esa noche llegué hasta la lección 33 del Solfeo y entoné, para Carlos,  
algunos intervalos. Me felicitó. Para hallar el la de los coristas me  
guí por el zumbido del teléfono, que es un sol sostenido. Me sentía mú-  
sico.

Cené sardinas con cebolla y cuando me acosté, tardísimo, las paredes  
habían dejado de vibrar. Y en el borde del sueño se me fue de la mente  
la banda problemática anunciada por Carlos y apareció la bandita munici-  
pal de la infancia en la pérgola de la plaza del pueblo pampeano, ober-  
turas de Rossini y la pareja que se besa entre los ligustros, el gordi-  
to del trombón y el placero con la varilla de mimbre espantando aquella  
vaca atraída por los pastos que crecen en la plaza después de las prime-  
ras lluvias. Y en el sueño que tuve había una trompeta.

Que fue la única que tuve, porque el instrumento que me hicieron llegar  
entre señas y sigilos no era una trompeta. En un estuche negro, tres tu-  
bos cromados medio abollados, uno de ellos con llaves, otro con emboca-  
dura. Los enchufé unos con otros siguiendo la única lógica posible y pu-  
de ver, maravillado, que se trataba de una flauta. Nunca había visto ese  
instrumento desde tan cerca, y ahora lo tenía en la mano. Una delicia.

La bandita de mi pueblo nunca tuvo flautista, nadie tocaba ese instru-  
mento en cinco leguas a la redonda. Unos italianos agricultores metidos  
a músicos la formaron con requintos, clarinetes, trombones y bombardinos  
traídos de su país veinte años atrás. Había también un gallego que toca-  
ba el sarrusofón, un bicho acústico precioso parecido al oboe. Y don Eva-  
risto, un policía bueno, único criollo del grupo, tocaba los platillos y  
se lucía en la marcha final, ya se sabe: chin chin pum y se acabó. Una  
flauta hubiera agregado dulzura a aquella banda.

Me habían hecho llegar también un Método de flauta, tapas duras y gra-

sientas, de un tal Altés. Y una carta de Carlos explicando cómo debía estudiar y dar mis lecciones por teléfono al maestro Perini. La bandita a la que yo me incorporaría cuando supiera tocar algo, para estar a salvo y acaso salir del país, había vuelto a aparecer un jueves, y por los lugares de actuación conocidos hasta ahora (sus apariciones eran siempre sorpresivas) parecía que la lógica de sus desplazamientos estaba dada por los movimientos de un caballo de ajedrez. Afuera las cosas eran cada vez más duras y hasta él, que apenas era un músico, estaba libre y vivo por un puro milagro. En el último párrafo decía: "No te imaginás lo divertido que es oír solfeo cantado por teléfono. Tenés buen oído, aunque en la lección 146 te tragaste un becuadro del sexto compás. Cuidadito!".

La figura que ilustraba la posición correcta del flautista era un franchute lamido, de corbatita, sosteniendo la flauta de un modo que me recordaba a los changuitos tucumanos comiendo caña de azúcar. Tomé la flauta ante el espejo imitando la actitud de la figura, siguiendo las indicaciones, la cabeza hacia el hombro izquierdo y los brazos separados para no entorpecer los movimientos respiratorios. Acerqué la boca a la embocadura y cubrí la cuarta parte de ella con el labio inferior. Como quien abre con cuidado un paquete con regalos, soplé. Ni flauta, ni siquiera quena, ni sonido: aquello era un viento soplando en la azotea en noche de crudo invierno, rozando ropa tendida que se hiela, el viento que hace chirriar ventanas entreabiertas y veletas herrumbradas, brr, chicos, cierren esa ventana que se van a helar, y oigan qué feo suena el viento. Días después me enteré de lo del golpe de lengua, la punta sobre los incisivos superiores para evitar escapes de aire y retirarlos rápido como quien pronuncia la palabra "tú". En fin, que fue pasando el tiempo y cuando le toqué a Carlos por teléfono el ejercicio quinto de la séptima lección, que no era difícil pero tenía sus complicaciones, me dijo entusiasmado: "Sos un Rampal, hermano".

La lógica del caballo de ajedrez fracasó y con ella el ingreso a la



banda de algunos desesperados que los milicos sorprendieron en su intento de salvación, y ahora parecía que su desplazamiento era en círculo, decía la voz de Carlos. En las últimas semanas había pasado de Barracas a San Telmo y luego a Retiro, y si el jueves siguiente aparecía en Palermo la teoría circular quedaría demostrada y yo, una vez preparado musicalmente, podría incorporarme a ella sin correr mayores riesgos, siempre que aprobase el examen, por supuesto.

Con el encierro prolongado y la permanente luz artificial (la única luz solar entraba indirectamente por el tragaluz que había en la cocina) me entraron los pensamientos negros. Ninguno de nuestros conocidos había visto esa banda, ni siquiera Carlos. Lo que él sabía se lo habían contado. ¿No se trataría de una alucinación colectiva provocada por la necesidad de algo milagroso ante tanto desastre?. Para acercarme a ella con la mente o el deseo no tenía el más mínimo asidero real; más verdadera era la de mi pueblo, desaparecida en el tiempo, que por lo menos era un recuerdo. De los coches verdes, en cambio, sí tenía nociones y asideros. Los había visto andar a contramano por cualquier calle, cortar el tráfico a su antojo, subir a las aceras, atravesar las plazas pisoteando canteros, entrar en las catedrales y disparar contra gente escondida en los altares. Y suponiendo que esa bandita fuese real, ¿a cuántas personas podría asimilar, entre tantos miles de desgraciados, la mayoría de los cuales no tenía la menor noción de música?

Huyendo de una lección que no me salía (superarla suponía empezar a tocar de verdad, decía el maestro) me dediqué a investigar el asunto de las paredes que vibraban. Apoyando la oreja en un punto de la pared más grande, adornada con un cuadro de tema marino, comprobé que la vibración se debía a sonidos y no a ruidos de la calle: sucesivos y diferentes, una escala musical a todas luces. Subido a la mesa y corriéndola por la orilla de la pared, recorrí con la oreja pegada las diversas intensidades hasta dar con la fuente: por debajo del cuadro y hacia la izquierda

estaba, al otro lado de la pared, el músico. Sonido de tuba. Pude incluso descifrar el ritmo, nítidamente un tres por cuatro. Un principiante como yo, pero con una excelente calidad de sonido.

Una nerviosísima llamada de Carlos interrumpe mis investigaciones acústicas. Ese jueves la bandita había confirmado la teoría circular (ya es nuestra, hermano, ya es nuestra!) apareciendo en una calle de Palermo. No, no la había visto personalmente pero uno de sus espías había conseguido grabar parte del concierto. Escuchá.

Deformada por una cinta barata y la transmisión telefónica escuché la música que significaba nuestro primer contacto real con la bandita milagrosa, especie de himno religioso protestante pero en ritmo de foxtrot que no me produjo la alegría esperada. Pasé el resto del día en un clima donde se mezclaban la música tan pobrecita de la banda, el recuerdo de una muchacha llamada Cristina, acaso desaparecida, y el destino incierto de mi compañero o compañera al otro lado de la pared, que acaso no tuviese un Carlos que le rastrease los caprichosos giros de la banda. Y todo eso, unido al encierro y a lo difícil de la lección que no podía superar (el maestro la reclamaba diariamente) me hundía en un clima parecido al del Vals triste de Sibelius. "Si no supera esa lección se tendrá que quedar para siempre en esa cueva", decía el maestro.

Tras las otras paredes había más instrumentos. Una flauta sonaba ahogada al lado mismo de mi cama. Ubiqué el epicentro del sonido y hojeando nerviosamente el Método, sin despegar la oreja de la pared, hallé la lección que ejecutaba, algo muy difícil y muy bien tocado, casi al final del Método. No sólo tocaba limpiamente los pasajes más complicados sino que hacía los matices indicados, con lo que la lección parecía una pieza de concierto. Cuando acabó golpeé la pared con las palmas a modo de aplauso.

Respondió con un par de golpes secos que me recordaron las reverencias de las bailarinas cuando saludan al público. Desempolvé mi flauta para intentar la hazaña pero no pude superar el segundo compás. La lección imponía conocimientos técnicos que yo no poseía.



Pensé que el edificio estaba lleno de aspirantes a músicos, cada cual con un Carlos rastreando a la bandita. Pensé que la mitad de la ciudad estaba llena de músicos desesperados mientras la otra mitad buscaba una banda milagrosa. En otra pared había un oboe; escalas simples, y además el músico perdía el tiempo, acentuaba mal, desafinaba el pobrecito. Por una pared de la cocina se filtraba un corno, un desastre, llevaría un mes de aprendizaje. En cambio yo tenía en mi haber una temporada que había permitido a las cebollas de la caja convertirse en un jardín, unos tallos suaves y de verde cándido inclinados hacia la escasa claridad del tragaluz donde se corporizaba el polvo mañanero.

Levanté la alfombra y oí que en el piso de abajo también se hacía música. Parecía un conjunto, pero no pude determinar los instrumentos. Lo mismo sucedía con el techo. Trepado en una silla y ésta sobre la mesa, alcancé a pegar la oreja con lo justo: un pie golpeaba rítmicamente contra el suelo, como los principiantes, llevando el ritmo de un instrumento rival apenas audible, claramente un tres por ocho. Me sentí encerrado en una inmensa caja sonora tocada desde afuera por músicos invisibles, con claras evidencias de que el edificio entero era la madriguera de por lo menos un centenar de músicos secretos preparándose ante la esperanza de poder integrar algún día la bandita esquiva y saltarina.

En música lo peor es desmoralizarse. Ponía toda mi voluntad para superar aquella lección pero nunca podía pasar del décimo compás, donde empezaban las dificultades serias. Cada vez que lo intentaba, al llegar a los compases difíciles, un par de notas antes se me saltaban las lágrimas sin estar lo que se dice llorando: brotaban de puro desconsuelo. Cuando estudiaba en la cama (posición incorrecta, claro) y llegaba a los compases rebeldes que eran sólo tres pero terribles, y medio los salteaba ejecutando algunas de sus notas aunque sin perder el tiempo, el flauta del otro lado me golpeaba la pared. En esos momentos lo odiaba, sin considerar sus intenciones de corregirme. Luego, pensando que seguramente no conocía a Carlos ni tenía quien le informase sobre las apariciones de

la panda, y que en consecuencia todos sus conocimientos fuesen inútiles, me entraba un remordimiento y se me saltaban las lagrimas, sin llorar, lo mismo que con los compases rebeldes. Para evitar esa situación trasladé mi cama a la pared opuesta.

Llevé las cebollas brotadas a un lugar más próximo a la claridad del tragaluz, renunciando a ellas como alimento para darles un destino de jardín. Por las mañanas las salpicaba con gotas de agua quitándoles el polvo. Algunos tallos, los más crecidos, se abultaban en las puntas formando botones que no tardarían en florecer. Elegí, a modo de una referencia para ellas, un cebollar con unas hermosas flores blancas parecidas a sombrillas, de un huerto que conservaba en la memoria. La flauta, siempre al alcance de mi mano sobre la mesa antes inmaculada y ahora rayada por la silla y los traslados a que la sometía en mis rastreos acústicos, me parecía lejanísima, un tubo acústico sin ningún sentido. La idea de abandonar una salvación individual para entregarme a la suerte colectiva (que relacionaba con una implacable destrucción) me producía una fuerte amargura, casi un rencor; pero a la vez, ante la perspectiva de perderme en una nada compartida, sentía una tranquilizante sensación de paz, o de alivio, o de olvido, no sabría precisarlo.

El verdadero milagro, a esas alturas, era la bandita de mi pueblo. Tener ocho años y una tía solterona que los jueves nos llevaba a la plaza a la hora de la retreta. Plaza defendida por el placero y los vecinos de los avances de la pampa en las épocas de lluvia, arrancando el sorgo rebelde que brotaba junto a ligustros y rosales. Alguna semilla de cebolla, secretamente arrastrada por el viento desde huertas vecinas, brotaba al lado de la pérgola y florecía blanca y joven junto a las glicinas como otra planta de jardín. Bandita de milagros semanales y caseros, con mi tía Sonia sentada a un costado de la banda, peinada y vestida como para una postal, esperando a su novio secreto, el viudo de la esquina que nadie podía mencionar en casa.



Perini, tuve que grabar por teléfono esa lección crucial. Al llegar a los compases rebeldes que se oponían a mi salvación hubo esguinces y piroetas, agachadas y aceleraciones múltiples, puertas abiertas al azar y conciencia absoluta del desastre. Con todo el desparpajo me animé a preguntarle a Carlos qué le había parecido. No sé, no te oí, estuve grabando, hoy mismo le llevaré la cinta al maestro Perini. ¿Sabés qué pasa, Carlos? Los nervios. Normal, dijo Carlos y con una voz que no tenía el entusiasmo de otras veces me comunicó que la lógica del itinerario de la banda estaba dominada. En el mapa de la ciudad que tenía a la vista mientras me hablaba, la unión de los puntos donde había actuado la bandita formaba una espiral. Desde la última aparición en Palermo, el itinerario había sido Villa Crespo, Caballito, Boedo, San Cristóbal, Balvanera, de modo que estaba cantado que la próxima semana aparecería en Once, nuestro barrio. Como si la bandita misma nos buscara, ¿te das cuenta?

Mi jardincito estaba en flor. Las varillas con sus flores blancas, inclinadas hacia la luz como si las soplaste el viento. Los bulbos, casi tapados por el polvo y las basuritas que les ponía a modo de tierra cada vez que limpiaba los pisos. Siguiendo una costumbre de mi tía Sonia, hablaba con las plantas cada vez que las regaba. Procuraba hablarles de cosas que ellas pudieran entender, es decir, relacionadas con ellas. Les describía espacios abiertos, huertas regadas por acequias, la inmensa luz del sol a cielo descubierto. Y ellas temblaban, supongo que de algo parecido a la alegría. Cada día tocaba para esas flores la única lección que sabía bien, la más fácil del Método, por supuesto. Y siempre a la misma hora, para que aprendiesen a esperar el sonido. Y en los miedos nocturnos ellas estaban presentes, me aterraba lo que pudiera pasarles encaso de derribo de puerta con irrupción violenta y rotura de muebles e instrumentos. En nuestra escala de relaciones, mis flores tendrían unos nueve o diez años a lo sumo, y eran tontas y dulces, igual que las primas que tenía en mi pueblo en tiempos de tía Sonia.

También conseguí dialogar con los músicos lindantes, diferenciar sus

voces. El corno de la pared de la cocina usaba golpes cortos y nerviosos, de stacatto, por más que mis mensajes fuesen pausados y tranquilos. Me lo imaginaba petiso y gordito, algo viejón y corto de palabras. A ratos era un hombre, a ratos una mujer. El sarrusofón de la otra pared era un muchacho joven y metódico, serio y de bigote seguramente. Cada vez que golpeaba la pared, preguntando, lo hacía en tiempos binarios. En cambio las respuestas eran siempre ternarias. El flautista (o la flautista, no tengo certezas) se comunicaba a cualquier hora, alguien muy alegre sin duda, en vez de los nudillos usaba las palmas para golpear, con las dos manos a la vez, me parece. Incapaces de perfeccionar el sistema, ninguno de nosotros sabía lo que quería decir con esos golpes. Pero en la intención de diálogo había un contenido secreto que todos compartíamos. Era lo mismo que hablar con las plantas. Nuestros golpes en la pared eran dulces y tontos como las flores de mi jardincito. Y justo cuando estaba encariñándome con todo llegó, como en un tango que se llama Cuartito azul, la hora de la triste despedida.

La espiral que describía la bandita se cerró en la plaza Once, de acuerdo a lo previsto. Aquí, justo enfrente, dijo excitadísima la voz de Carlos. Vi llegar el furgón blanco, hace unos minutos, y ahora me lo tapa el monumento. Están armando la tarima. Rubios y grandotes. La gente empieza a amontonarse. ¿Escuchás? Son ellos. Están afinando. Es increíble, hermano. Pero hay otra cosa que tengo que decirte, y es un poco fea. Iba a llamarte ayer pero se me pasó. Supongo que vos mismo ya te has dado cuenta. El maestro Perini oyó la cinta que grabamos y dice que todavía no estás en condiciones de presentarte a una prueba con posibilidades de éxito, aunque se tratara de una bandita de mala muerte. Que la técnica, el sonido, en fin, todo eso. El es muy minucioso. Dice que si tu vida va a depender de esa prueba, él se opone terminantemente a que corras ese riesgo. Yo también oí la cinta, y aunque te equivocás mucho, pienso que no están desastrosa como él dice. Los maestros siempre exageran un poco. Y francamente no sé que decirte. Habrá nuevas oportunidades, supongo, y no



sé, yo también tengo miedo. Vos leés más o menos bien y sentido del ritmo no te falta. Podríamos probar con percusión, más adelante. La flauta es un instrumento muy difícil. De todos modos el único que puede decidir aquí sos vos.

Sabiendo que la bandita terminaba sus conciertos apenas empezaba a anochecer, hice mis cálculos echándole una ojeada al tragaluz, y deduje que disponía casi de una hora. Estaba a un par de cuadras de Rivadavia, después sólo tendría que cruzar en diagonal la plaza Once. Seguro que Carlos, que vivía en Rivadavia, estaría asomado a su balcón para avisarme si surgía algún peligro nuevo. Lo importante ahora era no tener miedo y prestar atención a cualquier detalle imprevisto. Llegar a la bandita sin interrupciones ni sorpresas. Actuar con normalidad, como si no pasara nada, como si se tratara de un jueves cualquiera de otros tiempos y mi tía Sonia me estuviese peinando para ir juntos a la retreta de la plaza pueblerina. Se trataba de una simple mudanza, me iba, y la buena educación indicaba despedirse de los vecinos. Dí dos o tres palmadas amistosas en cada pared. Sólo recibí respuesta de la pared de la flauta, que interrumpió una escala impecable para responder. Me entró el remordimiento. ¿Cómo avisarle que la bandita estaba ahí, al alcance de su mano? Y él (o ella) ni siquiera sabía que mis golpes significaban adiós, que las palmadas con que respondió también eran adiós, creyendo como siempre, en nuestro idioma de una sola palabra, que simplemente reiterábamos nuestra presencia viva. Y sin embargo yo me iba. Ya lo ves, todo en el mundo es inquietud, dice "Cuartito azul".

Lo primero que ví al salir de mi encierro fue la sombra de mi valijita, romboidal y tristísima sobre las grandes baldosas. Acababa de llover, había charcos en la calle. Crucé a la acera de enfrente para echarle un vistazo al edificio, al balcón que correspondía, según cálculos, a mi compañero de la tuba, pero todas las ventanas del edificio estaban cerradas y no se filtraba el más mínimo de los sonidos. Alcé una mano en despe-

dida a mis compañeros de estudio, aunque no nos conociéramos, aunque no estuviesen asomados a los balcones o espiando por las celosías, aunque, aún asomados, jamás pudieran identificarme con el que tocaba la flauta y se equivocaba siempre en los mismos compases de aquella lección difícil. Pero sentía que de alguna manera ellos se estaban despidiendo de mí y me deseaban buena suerte. Tratando de no llamar la atención de nadie pero alzando la voz como para que me escucharan desde el último balcón grité "muchachos, la bandita está tocando en plaza Once!". Y tomé por Urquiza, muy lento, como para darles tiempo a que me alcanzaran y poder llegar juntos al encuentro con el milagro.

Y andando se me cruzó una ilusión por la cabeza: suponiendo que no hubiese sucedido nada de lo sucedido, suponiendo en todo caso que la ferocidad diese una tregua, un tiempo para levantar las cocechas, como en las guerras antiguas, permitiendo de paso que las mujeres pudieran parir fuera de las trincheras hijos no violentos, suponiendo que todo volviese a ser dulce y apacible como la plaza de mi pueblo después de las primeras lluvias, entonces, con los que quedaron encerrados en el edificio practicando inútilmente sus instrumentos, podríamos formar nuestra propia bandita. Para empezar no estaba mal: tuba, corno, sarrusofón, y nada menos que dos flautas. Entonces no sería necesario esperar que un milagrocayese del cielo: estaríamos haciendo nuestro propio milagro, y eso sería una delicia.

Al llegar a la esquina de Rioja divisé a Carlos en su balcón del tercer piso. El ya me había visto y me hacía señas indicándome la ubicación exacta de la banda, todavía invisible para mí, más o menos por la parada de autobuses junto a la Estación. Me hizo señas, creyéndome perdido o desorientado, porque yo me había detenido, dudando entre volver o avanzar hacia la banda, porque justo debajo del balcón de Carlos, y fuera de su visión, subido a la acera y prácticamente recostado contra el edificio, había un Falcon verde.



Imposible saber si había alguien dentro del coche. Los cristales, además de ser oscuros, estaban salpicados por pequeñas hojas apenas verdosas, lo mismo que el techo y el capó. A lo mejor, pensé, lo habían abandonado por alguna avería, en cualquier momento llegaba la grúa y se lo llevaba. Pero en cuanto crucé la calle en dirección a la plaza encendió sus potentes faros antiniebla como avisándome que me había visto, y las escobillas del parabrisas se agitaron nerviosas, arrancando del cristal las hojas adheridas. Dedicué una rápida mirada al balcón del tercer piso, donde seguía gesticulando un Carlos ya inútil, y acto seguido puse todos mis sentidos en la distancia que me separaba de la banda, cuya música, sin llegar a aturdir, se había apropiado enteramente de la plaza.

A pesar de la inutilidad de los gestos de Carlos (para llegar a la banda entre el gentío no había guía mejor que el sonido mismo), sentí que su mirada me protegía, actuaba como un haz de luz indicadora, como alumbrando el camino entre el borde de la plaza donde me había parado tras cruzar la calle, y el sitio que ocupaba la bandita. En otro orden de cosas, por lo menos tenía un testigo para lo que sucediera, y él podría contárselo a mis padres y a Cristina en el caso de que me pasara algo malo.

El Falcon pareció serenarse en cuanto me vió inmóvil en el borde de la plaza, las escobillas quietas y los faros apagados, despreocupado de las nuevas hojas que empezaban a cubrir otra vez el parabrisas. Sin moverme de mi sitio fingí esperar un taxi, y en los dos o tres minutos que siguieron el Falcon no dió ninguna señal de vida, como si se hubiese dormido.

Aproveché para fijar con precisión mi recorrido hasta la banda, evitar los rodeos inútiles al borde de los canteros, y a la vez pasar lo más lejos posible, sin alejarme demasiado de mi meta, del monumento central de la plaza, ese armatoste horrible, donde el instinto me decía que podía ocultarse un segundo Falcon verde, ya se sabe que estos bichos siempre van en yunta.

Elegido mi itinerario, inicié el recorrido caminando lentamente, esquivando con cuidado los charquitos de la reciente lluvia. No bien adiviné mis intenciones, el Falcon, desperezado, bajó de la acera y empezó a cruzar tranquilamente Rivadavia, al sesgo, con la trompa apuntando hacia la bandita, mientras varios policías corrían a cortar el tráfico y así facilitar su desplazamiento. Sin necesidad, ya que los coches, al verlo, se detenían para darle paso. Cuando subió a la plaza, la última luz solar o la de los semáforos alumbró las hojas que cubrían el coche a manera de escamas, que reverberaron en un juego vivísimo de luces encontradas.

Orienté mis pasos en el sentido de obligarlo, si quería mantenerse cerca de mí, a bordear los canteros o a detenerse a cortar los alambres con que muchos de ellos estaban protegidos, alambres que yo podría saltar tranquilamente. La banda, todavía a lo lejos, ya era visible sobre su tarima, así como un gran cartel en lo alto donde ondeaba "salva tu alma", como nimbando aquellos instrumentos dorados y redondos, aquellos músicos intactos, sanos, enormes, recién bañados, recién nacidos.

El Verde, al parecer, gozaba con la cacería. Sus movimientos eran armoniosos y respondían a una cautela felina. Si yo me detenía, él también lo hacía y me esperaba, procurando mantener siempre la misma distancia entre nosotros. Parecía un coche solo, sin conductor, que guiado por la costumbre actuaba por su cuenta. En el juego, lo obligué a pasar dos veces por el mismo cantero, aplastando ligustros o algo así, y hubo un momento en que nos alejamos bastante de la banda, quedamos los dos dándole la espalda y mirando hacia el edificio donde vivía Carlos, casi al borde de la calle. Apenas hacía ruido al deslizarse, y en los momentos de acechanza agitaba las escobillas o encendía los faros antiniebla mirándome fijamente. Estos movimientos me permitieron comprobar que sus ventanillas estaban cerradas, sin traza alguna de caños negros apuntando hacia afuera, y que sus cristales eran oscuros como el parabrisas. Comprendí que sus intenciones eran impedir que yo llegara a la tarima donde



actuaba la bandita y mantenerme en ese juego hasta que ésta se retirase. Después no sé, si no me dejaba llegar, quedaríamos los dos solos en la plaza, con toda la noche por delante. Su actitud, sin embargo, demostraba también el poder de la bandita, su condición milagrosa de poder mantener a raya a uno de estos monstruos.

Comprobada entonces la posibilidad del milagro, había que pensar urgente una estrategia para poder llegar al lugar donde los músicos tocaban, en esos momentos a no más de 50 metros de nosotros. El monumento!, me dije, y hay que ver qué hermosa me sonó por dentro esta palabra a pesar de lo feo de ese adefesio solitario. Si lograba obligar al Falcon a dar una vuelta a su alrededor persiguiéndome, y yo en un brusco cambio de dirección volvía sobre mis pasos, mientras él, embalado, diera la vuelta completa completa alrededor de la estructura faraónica, yo ganaría la tarima antes de que él tuviera tiempo de completar la vuelta y colocarse nuevamente entre la bandita y yo.

Me encaminé lentamente hacia el monumento procurando que el coche acortara la distancia invariable que le interesaba mantener. Cuando conseguí que se pusiera a escasos metros de mi espalda salí corriendo de golpe iniciando un giro alrededor del monumento. Al perderme de vista durante algunos segundos aceleró, y entonces me detuve bruscamente, pegando mi cuerpo contra la mole de cemento, y lo dejé pasar muy embalado, casi rozándome, al tiempo que iniciaba mi marcha en dirección contraria. En el brevísimo cruce, lo único que pude ver del coche fue el parabrisas salpicado de hojas y las escobillas enloquecidas agitándose. En la carrera se abrió el estuche de la flauta dentro de la valija, el tintineo de los tubos sueltos se mezclaba al ruido del motor del Falcon al otro lado del monumento. Al comprender mi treta aceleró más dando bufidos, corriendo inútilmente sobre terreno falso, mientras yo ganaba en línea recta el sagrado lugar ocupado por la bandita.

Unas trecientas personas, intocables mientras durara el concierto, rodeaban la tarima. Trataba de abrirme paso entre ellas cuando el Falcon

apareció por el otro costado del monumento, mermó la marcha y se acercó a nosotros casi hasta rozarnos. Allí se detuvo. Los que estaban más próximos al coche se abrieron respetuosamente y siguieron escuchando el concierto como si no pasara nada. El Falcon, impaciente, dio un bocinazo pidiendo paso. Una bocina ronca, destemplada, de viejo coche de los años 30, que hizo vacilar la armonía de la banda. La gente, atemorizada, se abrió en dos grupos dejando un espacio libre entre el coche y la bandita. El movimiento humano me dejó contra la tarima, protegida por una sogá. El Falcon no avanzó por el camino que se le había abierto. Sin moverse, encendió un sinnúmero de luces adicionales, giratorias, que destellaban en chisporroteos de diversos colores. El director, alcanzado por las lumbraradas, volvió un momento la cabeza y siguió dirigiendo, sin dar mayor importancia a esa presencia. Entonces el Falcon encendió los faros y concentró los chorros de luz sobre la banda. Envueltos en un incendio artificial, los músicos perdieron sus colores, los instrumentos se pusieron grises y el conjunto en general pasó a ser una foto velada, una diapositiva mal proyectada, algo como muy triste y muy abandonado, bandita zaparrastrosa en la plaza de un pueblo polvoriento. El director, un rubio grandote, se volvió airado hacia el Falcon gesticulando y alzando la batuta. El coche retrocedió un par de metros, apagó todas sus luces y el motor, y esperó.

En cuanto quiso anochecer llegaron las patrullas, que nos rodearon tratando de retener a sus perros amaestrados, insensibles a la música, que gemían por correr hacia nosotros y dispersarnos por los cuatro rumbos. Según el programa del concierto, impreso en la contratapa del folleto religioso, la banda estaba ejecutando la última pieza. Pero la estaba repitiendo, por tercera o cuarta vez, para prolongar la libertad momentánea, eventualmente, la vida de los más desgraciados. Da capo, da capo, gritaba el director, tratando de hacer infinito algo tan perecedero como la música, que tiene estrictas limitaciones en el tiempo.



La presencia descarada del Falcon volvía más celoso y moroso al director, que parecía dispuesto a seguir toda la noche con su concierto, violando acuerdos o tratados.

Un oficial se acercó con su perro a la tarima haciendo señas de que el concierto debía terminar, ya era de noche. El Falcon, discretamente, encendió las luces de posición. El grandote de la batuta, sin dejar de moverla, asintió con la cabeza y ordenó a uno de los requintos que enfundara. El requinto obedeció, plegó las partituras y el atril, bajó de la tarima y salió hacia el furgón entre las cuerdas de un andarivel que unía la banda con el vehículo. Sucesivamente, según avanzaba la noche y llegaban más patrullas, los músicos fueron plegando sus atriles. Quedó un requinto solo, un trompa, un bombardino y el redoblante. El tema de la pieza, a cargo del único requinto, sonaba tristísimo. Pero dulce, como la lección fácil que yo tocaba para las flores de mi jardín abandonado.

El grandote movía la batuta sin control, hablando en voz baja con los músicos, atento más al Falcon que a la partitura. Conseguí ponerme a su lado y le oí comentar que se trataba de un abuso de autoridad. Entonces aproveché para decirle que yo era músico y que el Falcon estaba ahí por mí. El rubio me enfocó con unos grandes ojos azules, incrédulos y fríos. El oficial y su perro se acercaron más, aunque siempre respetuosos de la autoridad de la bandita, para tenerme a mano en el momento preciso. Mientras los dos hombres me miraban friamente contrapesando autoridades y poderes, aproveché para sacar y armar la flauta de la valija, mientras el Falcon, acaso para intimidarme, lanzaba un par de parpadeos de sus faros antiniebla. Esto, y supongo que la presencia de la flauta, decidieron al director, que de un manotazo me subió a la tarima sin darle tiempo al oficial a que atinase a nada con su neurótico perro.

Toque!, me dijo enfrentándome al atril del requinto, quien me señaló el compás por donde iban, que ni siquiera pude ver. Toque, caramba!,

insistió el grandote, seguro de que si no lograba hacerlo él se vería en la obligación de entregarme al oficial y éste al Falcon verde. El requinto me señaló otro compás de la partitura, mientras yo luchaba todavía con mis nervios para poner los dedos en la flauta. Da capo, insistió el director, y viendo que el resto de la bandita repetía la partitura desde el comienzo para darme oportunidad de entrar mientras yo todavía vacilaba, se acercó y me colocó los dedos en la posición necesaria para tocar un re. "Ahora sople y toque siempre ese re hasta que esto se acabe", dijo muy agitado.

Mi re, limpio y cristalino, concordaba maravillosamente con las notas que tocaban los demás instrumentos. "Muy bien", dijo el grandote dejando que sus palabras se mezclaran a un destello satisfecho de sus ojos azules. "Genial", dijo el bombardino aprovechando un compás de espera, para darme ánimo. Algunos, entre el público, aplaudieron, y hasta se oyó algún bravo. Aplaudían mi salvación, claro, no la presencia regalada de mi única nota. Acaso entre ellos estuviese Cristina, o el maestro Perini, el propio Carlos. Quién lo sabe. Yo sólo veía, en mi aturdimiento, un conjunto de óvalos faciales, cenicientos y desamparados.

Mientras soplaba mi nota solitaria, intuí que sin la presencia del Falcon difícilmente me hubieran admitido en la bandita. Qué director que se precie acepta a un músico de una sola nota. Como para creer que ese coche, aparentemente sin conductor y librado a sus instintos persecutorios, formaba parte del milagro. Acaso su presencia fue urdida por la dinámica del milagro mismo.

El Falcon, cuando me vió integrado y por lo tanto fuera de su alcance, empezó a degradarse rápidamente, como atacado por sustancias químicas. Giró torpemente dándonos la espalda, con intenciones evidentes de volver a su escondite en la calle Rivadavia. Pero la dirección no le respondía. Con una bujía desconectada, los vidrios rotos, sonando en falso, pinchando ruedas, perdiendo escamas, derrotado, a tumbos y dando banda-



zos, vieja carreta en medio de un pedregal, fue a chocar contra el monumento, donde los vientos y las lluvias del otoño naciente acabarían pudriéndolo, donde sería desguasado por los menesterosos y vendido por piezas en oscuros cambalaches.

Ante una señal del director dejé de tocar y me dirigí al furgón blanco por el andarivel, desde donde ví cómo las patrullas, aún antes de que acabase la música (el trompa y el bombardino seguían tocando) obligaban con sus perros a circular a la gente, detenían a los sospechosos y los llevaban a sus propios furgones.

Y más allá de los restos del Falcon aplastado contra el monumento, más allá de los aullidos de los perros que con obcecada irracionalidad mordían odiando sin saber lo que hacían, en clara situación de milagro pude ver, desde el andarivel, el sendero que conducía a la plaza pueblerina. Bajo la glicina de la pérgola los instrumentos, redondos y dorados, brillaban al sol y llenaban el aire de una tranquila musiquita antigua. Mi tía Sonia, como en una postal, desplegaba sobre el banco de madera la campana ondulante de su vestido blanco.

"Vamos, pronto", dijo un requinto desde el extremo del andarivel. Y me tendió una mano para ayudarme a subir al furgón de la bandita.

Daniel Moyano



Una pequeña banda de música, muy precaria y de consistencia casi milagrosa, era lo único en Buenos Aires que podía oponerse sin mayores riesgos a la naturaleza asesina de unos automóviles verdes que llamaban Falcon. El día que Carlos me telefonó para comunicarme que yo también había caído en desgracia, que estos halcones andaban husmeando en toda la ciudad en mi busca y que mi captura era cosa hecha si no me escondía, me llamó la atención que mi posible salvación dependiera de unos conocimientos musicales.

Mi refugio era un apartamento en el barrio del Once, apenas ventilado por un tragaluz. Además del material de música, había allí comida en lata, cebollas y galleta marinera, todo lo cual me pareció absurdo y anticipo de un desastre. En pocas horas mis vínculos con el mundo se habían terminado. Las paredes del apartamento vibraban, como golpeadas por fuera. Acodado en la mesa que llenaba la mitad del poco espacio disponible me enteraba, por la Teoría de Williams, de las primeras nociones musicales. Afuera sería de noche cuando por fin tuve ánimos para telefonar a Carlos y pedirle que me aclarara esa rareza de la música. Entonces me contó lo de la bandita.

A él le constaba que en Buenos Aires actuaba una banda musical extranjera que una vez por semana elegía un punto diferente de la ciudad para dar su concierto y repartir folletos religiosos. Donde y mientras sus músicos tocaban, desaparecían los efectos del Estado de Sitio, y la gente reunida a su alrededor podía opinar, intercambiar informaciones y comprarles globos a los chicos, como si se tratase de un día de fiesta en un país libre. Y era cosa sabida que el furgón blanco que los músicos usaban para trasladarse, con su graciosa leyenda "Salva tu alma", era lo único capaz de resistir con éxito las iras de un Falcon verde, acaso por su naturaleza extranjera y vagamente diplomática. Mi obligación era estudiar hasta que se pudiese prever el lugar de aparición de la bandita, esperar<sup>o</sup> en el momento justo y lograr integrarse a ella sin mayores riesgos. Le dije que estaba loco si pensaba que me iba a poner a estudiar un instrumento musical por algo tan absurdo como la supuesta bandita, y me contestó, como si no me hubiese oído, que en un cambalache de la calle Piedras le había echado el ojo a una trompeta muy maltratada que sin embargo sonaba todavía.



Esa noche llegué hasta la lección 33 del Solfeo y entoné, para Carlos, algunos intervalos. Me felicitó. Para hallar el la de los coristas me guié por el zumbido del teléfono, que es un sol sostenido. Me sentía músico.

Gené sardinas con cebolla y cuando me acosté, tardísimo, las paredes habían dejado de vibrar. Y en el borde del sueño se me fue de la mente la banda problemática anunciada por Carlos y apareció la bandita municipal de la infancia en la pérgola de la plaza en el pueblo pampeano, oberturas de Rossini y la pareja que se besa entre los ligustros, el gordito del trombón y el placero con la varilla de mimbre espantando aquella vaca atraída por los pastos que crecen en la plaza después de las primeras lluvias. Y en el sueño que tuve había una trompeta.

Y esa fue la única trompeta que tuve, porque el instrumento que me hicieron llegar, entre señas y sigilos, no era una trompeta. En un estuche negro, tres tubos cromados, medio abollados, uno de ellos con llaves, otro con una embocadura. Los enchufé unos con otros, siguiendo la única lógica posible, y pude ver, maravillado, que se trataba de una flauta. Nunca había visto ese instrumento de cerca, y ahora lo tenía en la mano. Una delicia.

La bandita de mi pueblo nunca tuvo flautista, nadie tocaba ese instrumento en cinco leguas a la redonda. Unos italianos agricultores metidos a músicos la formaron con requintos, clarinetes, trombones y bombardinos traídos traídos de su país veinte años atrás. Había también un gallego que tocaba el sarrusofón; hermoso, parecido al oboe. Y don Evaristo, que era un policía bueno, único criollo del grupo, tocaba los platillos y se lucía en la marcha final, ya se sabe: chin chin pum y se acabó. Una flauta hubiera agregado dulzura a aquella banda.

Me habían hecho llegar también un método de flauta, tapas duras y grasientas, de un tal Altés. Y una esquila de Carlos explicando cómo debía estudiar y dar mis lecciones por teléfono al maestro Perini. La bandita a la que yo me incorporaría cuando supiera tocar algo, para estar a salvo y acaso poder salir del país, había vuelto a aparecer un jueves, y por los lugares de actuación conocidos hasta ahora (sus apariciones eran siempre sorpresivas), parecía que la lógica de su desplazamiento estaba dada por los movimientos de un caballo de ajedrez. Afuera las cosas eran cada vez más duras y hasta él, que apenas era un músico, estaba libre y vivo por un puro milagro. En el último párrafo decía: "No te imaginás lo divertido que es oír solfeo cantado por teléfono. Tenés buen oído, aunque en la lección 146 te tragaste el becuadro del sexto compás. ¡Cuidadito!"



Por vía misteriosa me llegó un paquete. Un estuche negro y alargado, ~~¡La trompe-~~  
~~ta?~~ Adentro, tres tubos cromados, medio abollados, uno de ellos con llaves, otro  
 con una embocadura. Los enchufé unos con otros, siguiendo ~~xxxxxxxxxxxx~~ la única lógica  
 posible y pude ver, maravillad, que se trataba de una flauta. Nunca había visto  
 ese instrumento desde tan cerca y ahora lo tenía en la mano. Era una delicia.

La bandita de mi pueblo, ~~en aquella pérgola~~, nunca pudo contar con un flautista.  
 Nadie tocaba ese instrumento en cinco leguas a la redonda. Unos italianos agriculto-  
 res y metidos a músicos la formaron con requintos, clarinetes, trombones y bombardinos  
 traídos de Italia veinte años atrás; Había también un gallego que tocaba el sarruso-  
 fón, decía. Hermos, parecido al oboe. Y don Evaristo, que era un policía bueno, ~~xxxx~~  
 el único criollo del grupo, tocaba los platillos, ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ y se destacaba  
 en la marcha final, <sup>ya se sabe!</sup> chin chin pum, y se acabó. Una flauta hubiera agregado dulzura  
 a aquella banda.

En el paquete ~~estaba también~~ había también un método de flauta, tapas duras y  
 grasientas, de un tal Altés. Y una carta de Carlos explicando ~~xxxxxxxxxxxx~~ cómo  
 debía estudiar y dar mis lecciones por teléfono al maestro Perini. La misteriosa  
 bandita a ~~la~~ que yo debía incorporarme cuando supiera tocar algo, para integrarme  
 a ellos y así poder salir del país, había vuelto a aparecer un jueves, y por sus  
 lugares de actuación conocidos hasta ahora parecía que la lógica de su desplazamiento  
 estaba dada por los movimientos de un caballo de ajedrez. Afuera las cosas <sup>eran</sup> estaban  
 cada vez más duras, él estaba vivo y a medias suelto o libre por milagro. Me acuerdo  
 del último párrafo: "~~xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx~~ No te imaginás lo divertido que  
 es oír solfeo cantado por teléfono. Tenés buen oído, aunque en la lección 146 te  
 teagaste el becuadro del sexto compás. Quién te dice que cuando algún día acabe  
 todo esto puedas dedicarte enteramente a la música".

La figura que ilustraba la posición correcta del flautista era un franchute lamido,  
 de corbatita, sosteniendo la flauta de un modo que me recordaba a los changuitos  
 tucumanos comiendo caña de azúcar. Tomé la flauta ante el espejo imitando la figura  
 y siguiendo las indicaciones, la cabeza hacia el hombro izquierdo y los brazos  
 separados para no entorpecer los movimientos respiratorios. Acerqué la boca a la  
 embocadura y cubrí la cuarta parte de ella con el labio inferior. Como quien abre  
 con cuidado un paquete con regalos, soplé. Ni flauta, ni siquiera quena, ni sonido:







que vibraban. Apoyando una oreja en un punto de la pared más grande, ~~esta~~ adornada con un cuadro de tema marino, comprobé que la vibración ~~de~~ debía a sonidos y no a ruidos de la calle: Sucesivos y diferentes; una escala musical a todas luces. Subido a la mesa y corriéndola por la orilla de la pared, recorri con la oreja pegada las diversas intensidades ~~en~~ hasta dar con la fuente: por debajo del cuadro y hacia la izquierda estaba, al otro lado de la pared, el músico. Sonido de tuba con seguridad. Pude incluso descifrar el ritmo, nítidamente un tres por cuatro. Un principiante como yo, pero con una excelente calidad de sonidos.

Una nerviosísima llamada de Carlos interrumpe mis investigaciones acústicas. Era jueves y ese día la bandita confirmó la teoría circular (ya es nuestra hermano, ya es nuestra) apareciendo en una calle de Palermo. No, no la había visto ni oído personalmente, pero uno de sus espías había conseguido grabar partes del concierto. Escuchá.

escuché

Deformada por una cinta mal grabada y la transmisión telefónica/la música que significaba nuestro primer contacto real con la bandita milagrosa. Especie de himno religioso de los protestantes pero en ritmo muy vivo, muy alegre, especie de foxtrot. Pero no me produjo la alegría esperada. Pasé el resto del día en un clima donde se mezclaba la música, tan pobrecita, de la banda, el recuerdo de una muchacha llamada Cristina y el destino incierto de mi compañero al otro lado de la pared, que acaso no tuviese un Carlos que le rastrease los caprichosos giros de la banda. Y todo eso, mezclándose en mi ánimo con el peso del encierro y lo difícil de la lección que no podía superar, me sumergía en un clima parecido al del Vals Triste de Sibelius. Para colmo esa noche volvió a llamarme el maestro Perini reclamándome la lección que no me salía, ya había pasado mucho tiempo y si usted no puede superar esa lección ~~definitivamente~~ se tendrá que quedar para siempre en esa cueva.

*(El maestro Perini reclamó la lección que no me salía, ya había pasado mucho tiempo y si usted no puede superar esa lección definitivamente se tendrá que quedar para siempre en esa cueva.)*

Todas las paredes del departamento vibraban. Trepándome a la mesa o a la sala, detecté la presencia de otros instrumentos. La pared donde apoyaba mi cama estaba ocupada al otro lado por un ~~xxf~~ o una flautista. Ubiqué el epicentro del sonido y hojeando nerviosamente el método via despegar la oreja de la pared, la lección que ejecutaba, algo muy difícil y muy bien tocado, casi al final del método. No sólo tocaba limpiamente los pasajes más ~~escabrosos~~ <sup>complicados</sup> sino que hacía los matices indicados, con lo que la lección parecía una pieza de concierto. Cuando acabó golpeé <sup>la pared</sup> con las



con las palmas a modo de aplauso. Respondió con un par de discretos golpes secos que me recordaron las inclinaciones de los músicos cuando saludan al público.

$$\begin{array}{r} 130 \\ 10 \\ \hline 1 \end{array} \quad \begin{array}{r} (3 \\ 4.3 \end{array}$$

$$\begin{array}{r} 36 \\ 16 \\ \hline 20 \end{array}$$

pero me salvaré los cables

Después de la reescritura la, recomponer las veces y sea necesario hacer un texto nuevo. Empezó con la bandita

Cuando los asesinos de siempre, en aquel país del Cono Sur, lograron convertirse en automóviles, fue evidente que <sup>algo como una nueva especie</sup> una nueva especie había surgido: ~~ixxis~~ los automóviles asesinos. Se llamaban ~~halcón~~ <sup>Falcon</sup> Falcon (halcón, en inglés), eran verdes y parecían invulnerables. Hubo que apelar a lo más inverosímil para poder sobrevivir a <sup>de los halcones verdes</sup> su violencia. A mí, que soy un negado para la música, me tocó estudiar un difícil instrumento para poder salvarme. Y <sup>por eso está</sup> esta es mi pequeña historia.

El día que Carlos Romero, el conocidísimo compositor y cantante folclórico, me telefonó para comunicarme que yo "también" había caído en desgracia <sup>que lo</sup> y que mi captura era inminente si no aceptaba ser protegido, me llamó la atención que insistiera tanto en mi cultura musical, que era casi nula, apenas conocía el nombre de las notas. ~~Dijo~~ <sup>Halcón coneguita</sup> Me dijo que tenían un refugio para mí, y <sup>de</sup> si apreciaba debidamente mi vida no dejara de llevar al escondite una buena Teoría de la Música y los primeros cuadernos del "Solfeo de los Solfeos" de Lemoine, junto con las provisiones necesarias para una temporada más o menos larga.

Mi refugio era un apartamento pésimamente ventilado de la calle Yrigoyen, en el barrio del Once, ~~Buenos Aires por más señas~~ <sup>comida de lata,</sup> Además del material de música, había allí un par de blsas de papas, /cebollas y galleta marinera; todo lo cual me pareció absurdo y anticipo de un desastre. En pocas horas, mis vínculos con el mundo se habían terminado: ~~mis padres, Cristina, mi trabajo~~. Las ~~paredes~~ <sup>cuatro</sup> paredes del apartamento vibraban o ~~susurraban~~, como en un temblor de tierra que no acabase nunca. Acodado en la mesa que llenaba casi la mitad del poco espacio disponible, me enteraba, por la Teoría de Williams, ~~una~~ <sup>de</sup> de las primeras nociones musicales. Calculo que afuera sería de noche cuando me <sup>decidí</sup> a llamar a Carlos por teléfono y pedirle que me aclarara <sup>esta</sup> ~~esa~~ rareza de la música. Entonces me contó lo de la bandita.

El sabía de de buena fuente que en ~~Buenos Aires~~ <sup>B. de Buenos Aires</sup> la ciudad actuaba una banda de música, extranjera, que una vez por semana elegía un punto cualquiera de la ciudad para dar su concierto y repartir folletos religiosos. Era casi milagrosa, ya que donde y mientras ~~sus~~ músicos tocaran, desaparecían los efectos del estado de sitio; la gente reunida a su alrededor, mientras durase el concierto, podía opinar, inter-

18  
3  
54



hasta que se corrigiera ~~el~~ el itinerario  
~~aparición de la bandida~~ de la bandida para anticiparse  
a su aparición y gestiones

Cuando los señores de siempre, en aquel país del Goro Sur, los señores convertidos  
alco como una nueva especie  
en automóviles, fue evidente que una nueva especie había surgido: los señores  
villas señores. Se llamaban ~~señores~~ señores (hombres, en inglés)  
era verber y parecían invulnerables. Hubo que apelar a lo más inverosímil para  
poder sobrevivir a su violencia. A mí, que soy un regalo para la música, me tocó  
estudiar un difícil instrumento para poder salvarme. Y esta es mi pequeña historia.  
El día que Carlos Romero, el conocidísimo compositor y cantante folclórico, me  
teléfono para comunicarme que yo "también" había caído en desgracia y que mi car-  
tera era inamovible si no aceptaba ser protegido, me llamó la atención que insistiera  
tanto en mi cultura musical, que era casi nula; apenas conocía el nombre de las not-  
kita me dijo que tenía un refugio para mí, y de sí apreciaba debidamente mi vida  
no dejara de llevar al escondit e una buena teoría de la música y los primeros  
cuadernos del "Solfeo" de Lemoine, junto con las provisiones necesarias  
para una temporada más o menos larga.

Mi refugio era un apartamento pésimamente ventilado de la calle Yrigoyen, en el  
barrio del Once, Buenos Aires por más señas. Además del material de música, había  
allí un par de platos de papas, cebollas y galletas marisacas; todo lo cual me pareció  
abundante y anticipo de un desastre. En pocas horas, mis víveres con el mundo se  
habían terminado: mis papas, cebollas, mi trabajo. Las ~~comidas de lata~~ comidas de lata  
del apartamento vibraban o ~~se desmenuaban~~ se desmenuaban, como en un templo de tierra que no soportase  
nada. Acordado en la mesa que llenaba casi la mitad del poco espacio disponible,  
me enteraba, por la teoría de Williams, que de las primeras acciones musicales.  
Calculo que ~~algunos~~ otros sería de noche cuando me decidí a llamar a Carlos por teléfono  
y pedirle que me aclarara esa ~~teoría~~ teoría de la música. Entonces me contó lo de la banda  
El habla de de buena fuente que en ~~la ciudad~~ la ciudad estaba una banda de  
músicos, extranjeros, que una vez por semana elegía un punto cualquiera de la ciudad  
para dar un concierto y repartir folletos religiosos. Era una militería, ya que  
dónde y mientras sus músicos tocaban, desaparecían los efectos del estado de sitio;  
la gente renuía a su alrededor, mientras durase el concierto, podía opinar, inter-



cambiar información y comprarle globos a los chicos, como si se tratase de un día de fiesta en un país libre. ~~Y me acordaba de cuando~~ El furgón blanco que usaba la bandita para trasladarse, con su graciosa leyenda "salva tu alma", era el único y ehío lo capa, de resistir las iraw de un Falcon verde, por su naturaleza extranjera y casi diplomática. ~~Y si escucharla~~ significaba libertad transitoria, integrarla ~~como música~~ era libertad definitiva, salvación. Se trataba entonces de adivinar ~~sus próximos desplazamientos~~, mientras nos preparabamos musicalmente, para anticiparse ~~a ella~~, llegar ~~al momento~~ tiempo para realizar, en el breve espacio que ~~duraba~~ ~~mi obligación~~ era estudiar música hasta que ellos consiguieran descubrir la naturaleza y el itinerario de la bandita milagrosa para anticiparnos a su aparición cuando llegase el momento propicio y lograr ~~la~~ integración, es decir, la salvación del pellejo por la música. Le ~~contesté~~ <sup>contesté</sup> que estaba loco si pensaba que me iba a poner a estudiar ~~algo~~ <sup>un instrumento musical</sup> por ~~algo tan absurdo~~ <sup>algo tan absurdo</sup> tan difícil como la música por una cosa tan irreal como la supuesta bandita, y me contestó, como si no me hubiese ~~oído~~ <sup>oído</sup>, que en un cambalache de la calle Piedras le había echado el ojo a una <sup>muy</sup> trompeta <sup>usada</sup> que todavía sonaba.

Cené sardinas con cebolla en la cocinita, por miedo a manchar la mesa de la salda-dormitorio, de madera blanca, a cuyos ruidos tuve que acostumbrarme a oír o roncaba por la noche, por estar hecha de madera verde, y las maderas intentaban desolavarse de las cuatro patas.

No sé hasta qué hora estudié ~~esa noche~~, entre las paredes que vibraban, acaso por los fuertes ruidos externos. Llegué hasta la lección 33 del Solfeo, y ~~hasta~~ logré entonar algunos intervalos, ayudado por el ~~umbido~~ <sup>humido</sup> del teléfono, que era (lo supe por Carlos) un sol sostenido. Cuando me acosté, tardísimo, las paredes habían dejado de vibrar.

En el borde del sueño, pensando en la bandita anunciada por Carlos, apareció la bandita de la infancia en la pérgola de la plaza en el pueblo pampeano, oberturas de Rossini y la preja que se besa entre los ligustros, el gordito del tromón y el placero con la varilla de mimbre espantando aquella vaca qtraída por los pastos que crecen en la plaza después de las primeras lluvias. Bandita zaparrastrosa y milagrosa a su modo, instrumentos abollados sonando algunas veces a destiempo, pero puntual y fácil, de público infantil y repertorio limitado, ~~cuando todo parecía normal y la vida una promesa.~~ <sup>que todos sabíamos de memoria</sup>



Relato del halcón verde  
y la flauta maravillosa

## EL HALCON Y LA FLAUTA

por Daniel Moyano

Una pequeña banda, precaria y de consistencia casi milagrosa, era lo Único en Buenos Aires capaz de oponerse sin riesgos a la naturaleza asesina de unos automóviles verdes que llamaban Falcon. El día que Carlos me telefoneó para decirme que yo también había caído en desgracia, que estos halcones husmeaban por toda la ciudad en mi busca y debía esconderme, me sorprendió que mi posible salvación dependiera de unos simples conocimientos musicales.

El refugio era un apartamento en el barrio del Once, apenas ventilado por un tragaluz. Además del material de música, había allí comida enlatada, cebollas y galleta marinera, lo cual me pareció absurdo y anticipo de un desastre. En pocas horas mis vínculos con el mundo habían terminado. Las paredes del apartamento vibraban como golpeadas por fuera. Acodado en la mesa que llenaba la mitad del poco espacio disponible me enteraba, por la Teoría de Williams, de las primeras nociones musicales. Afuera sería de noche cuando por fin tuve ánimo para telefonar a Carlos y pedirle que me aclarara el raro asunto de la música. Entonces me contó lo de la bandita.

Le constaba que en Buenos Aires actuaba una banda musical extranjera que una vez por semana elegía un punto diferente para dar su concierto y repartir folletos religiosos. Mientras los músicos tocaban, los efectos del Estado de Sitio desaparecían, y la gente reunida a su alrededor podía opinar, informarse y comprarles globos a los chicos, como si se tratara de un día de fiesta en un país libre. Y era cosa sabida que el furgón blanco de los músicos, con su graciosa leyenda Salva tu alma, era lo Único capaz de resistir con éxito las iras de un Falcon verde, acaso por su naturaleza extranjera y vagamente diplomática. Mi obligación era estudiar hasta que se pudiese prever el lugar de aparición de la bandita, esperarla en el momento justo y lograr integrarse a ella sin mayores riesgos. Le dije que estaba loco si pensaba que me iba a poner a estudiar un instrumento musical por algo tan absurdo como la supuesta bandita y me contestó, como si no me hubiese oído, que en un cambalache de la calle Piedras le había echado el ojo a una trompeta muy maltratada que sonaba todavía.

Esa noche llegué hasta la lección 33 del Solfeo y entoné, para Carlos, algunos intervalos. Me felicitó. Para hallar el la de los coristas me guié por el zumbido del teléfono, que es un sol sostenido. Me sentía músico.

87 Cené sardinas con cebolla y cuando me acosté, tardísimo, las paredes habían dejado de vibrar. Y en el borde del sueño se me fue de la mente la banda problemática anunciada por Carlos y apareció la bandita municipal de la infancia en la pérgola de la plaza del pueblo pampeano, oberturas de Rossini y la pareja que se besa entre los ligustros, el gordito del trombón y el placero con la



varilla de mimbre espantando aquella vaca atraída por los pastos que crecen en la plaza después de las primeras lluvias, Y en el sueño que tuve había una trompeta.

Que fue la Única que tuve, porque el instrumento que me hicieron llegar entre señas y sigilos no era una trompeta. En un estuche negro, tres tubos cromados medio abollados, uno de ellos con llaves, otro con embocadura. Los enchufé unos con otros siguiendo la Única lógica posible y pude ver, maravillado, que se trataba de una flauta. Nunca había visto ese instrumento desde tan cerca, y ahora lo tenía en la mano. Una delicia.

La bandita de mi pueblo nunca tuvo flautista, nadie tocaba ese instrumento en cinco leguas a la redonda. Unos italianos agricultores metidos a músicos la formaron con requintos, clarinetes, trombones y bombardinos traídos de su país veinte años atrás. Había también un gallego que tocaba el sarrusofón, un bicho acústico precioso parecido al oboe. Y don Evaristo, un policía bueno, Único criollo del grupo, tocaba los platillos y se lucía en la marcha final, ya se sabe: chin chin pum y se acabó. Una flauta hubiera agregado dulzura a aquella banda.

Me habían hecho llegar también un Método de flauta, tapas duras y grasientas, de un tal Altés. Y una carta de Carlos explicando cómo debía estudiar y dar mis lecciones por teléfono al maestro Perini. La bandita a la que yo me incorporaría cuando supiera tocar algo, para estar a salvo y acaso salir del país, había vuelto a aparecer un jueves, y por los lugares de actuación conocidos hasta ahora (sus apariciones eran siempre sorpresivas) parecía que la lógica de sus desplazamientos estaba dada por los movimientos de un caballo de ajedrez. Afuera las cosas eran cada vez más duras y hasta él, que apenas era un músico, estaba libre y vivo por un puro milagro. En el último párrafo decía: "No te imaginás lo divertido que es oír solfeo cantado por teléfono. Tenés buen oído, aunque en la lección 146 te tragaste el becuadro del sexto compás. ¡Cuidadito!".

La figura que ilustraba la posición correcta del flautista era un franchute lamido, de corbatita, sosteniendo la flauta de un modo que me recordaba a los changuitos tucumanos comiendo caña de azúcar. Tomé la flauta ante el espejo imitando la actitud de la figura, siguiendo las indicaciones, la cabeza hacia el hombro izquierdo y los brazos separados para no entorpecer los movimientos respiratorios. Acerqué la boca a la embocadura y cubrí la cuarta parte de ella con el labio inferior. Como quien abre con cuidado un paquete con regalos, soplé. Ni flauta, ni siquiera quena, ni sonido: aquello era un viento soplando en la azotea en noche de crudo invierno, rozando ropa tendida que se hiela, el viento que hace chirriar ventanas entreabiertas y veletas herrumbreadas, brr, chicos, cierren esa ventana que se van a helar, y oigan qué feo sue-



na el viento. Días después me enteré de lo del golpe de lengua, la punta sobre los incisivos superiores para evitar escapes de aire y retirarlos rápido como quien pronuncia la palabra "tú". En fin, que fue pasando el tiempo y cuando le toqué a Carlos por teléfono el ejercicio quinto de la séptima lección, que no era difícil pero tenía sus complicaciones, me dijo entusiasmado: "sos un Rampal, hermano".

La lógica del caballo de ajedrez fracasó y con ella el ingreso a la banda de algunos desesperados que los milicos sorprendieron en su intento de salvación, y ahora parecía que su desplazamiento era en círculo, decía la voz de Carlos. En las últimas semanas había pasado de Barracas a San Telmo y luego a Retiro, y si el jueves siguiente aparecía en Palermo la teoría circular quedaría demostrada y yo, una vez preparado musicalmente, podría incorporarme a ella sin correr mayores riesgos, siempre que aprobase el examen, por supuesto.

Con el encierro prolongado y la permanente luz artificial (la única luz solar entraba indirectamente por el tragaluz que había en la cocinita) me entraron los pensamientos negros. Ninguno de nuestros conocidos había visto esa banda, ni siquiera Carlos. Lo que él sabía se lo habían contado. ¿No se trataría de una alucinación colectiva provocada por la necesidad de algo milagroso ante tanto desastre? Para acercarme a ella con la mente o el deseo no tenía el más mínimo asidero real; más verdadera era la de mi pueblo, desaparecida en el tiempo, que por lo menos era un recuerdo. De los coches verdes, en cambio, sí tenía nociones y asideros. Los había visto andar a contramano por cualquier calle, cortar el tráfico a su antojo, subir a las aceras, atravesar las plazas pisoteando canteros, entrar en las catedrales y disparar contra gente escondida en los altares. Y suponiendo que esa bandita fuese real, ¿a cuántas personas podría asimilar, entre tantos miles de desgraciados, la mayoría de los cuales no tenía la menor noción de música?

Huyendo de una lección que no me salía (superarla suponía empezar a tocar de verdad, decía el maestro) me dediqué a investigar el asunto de las paredes que vibraban. Apoyando la oreja en un punto de la pared más grande, adornada con un cuadro de tema marino, comprobé que la vibración se debía a sonidos y no a ruidos de la calle: sucesivos y diferentes, una escala musical a todas luces. Subido a la mesa y corriéndola por la orilla de la pared, recorrí con la oreja pegada las diversas intensidades hasta dar con la fuente: por debajo del cuadro y hacia la izquierda estaba, al otro lado de la pared, el músico. Sonido de tuba. Pude incluso descifrar el ritmo, nítidamente un tres por cuatro. Un principiante como yo, pero con una excelente calidad de sonido.

Una nerviosísima llamada de Carlos interrumpe mis investigaciones acústi-



cas. Ese jueves la bandita había confirmado la teoría circular (!ya es nuestra, hermano, ya es nuestra!) apareciendo en una calle de Palermo. No, no la había visto personalmente pero uno de sus espías había conseguido grabar partes del concierto. Escuchá,

Deformada por una cinta barata y la transmisión telefónica escuché la música que significaba nuestro primer contacto real con la bandita milagrosa, especie de himno religioso protestante pero en ritmo de foxtrot que no me produjo la alegría esperada. Pasé el resto del día en un clima donde se mezclaban la música tan pobrecita de la banda, el recuerdo de una muchacha llamada Cristina, acaso desaparecida, y el destino incierto de mi compañero o compañera al otro lado de la pared, que acaso no tuviese un Carlos que le rastrease los caprichosos giros de la banda. Y todo eso, unido al encierro y a lo difícil de la lección que no podía superar (el maestro la reclamaba diariamente) me hundía en un clima parecido al del Vals triste de Sibelius. "Si no supera esa lección se tendrá que quedar para siempre en esa cueva", decía el maestro.

Tras las otras paredes había más instrumentos. Un flauta sonaba ahogada al lado mismo de mi cama. Ubiqué el epicentro del sonido y hojeando nerviosamente el método, sin despegar la oreja de la pared, hallé la lección que ejecutaba, algo muy difícil y muy bien tocado, casi al final del Método. No sólo tocaba limpiamente los pasajes más complicados sino que hacía los matices indicados, con lo que la lección parecía una pieza de concierto. Cuando acabó golpeé la pared con las palmas a modo de aplauso. Respondió con un par de discretos golpes secos que me recordaron las reverencias de las bailarinas cuando saludan al público. Desempolvé mi flauta para intentar la hazaña pero no pude superar el segundo compás. La lección imponía conocimientos técnicos que yo no poseía.

Pensé que el edificio estaba lleno de aspirantes a músicos, cada cual con un Carlos rastreando a la bandita. Pensé que la mitad de la ciudad estaba llena de músicos desesprados mientras la otra mitad buscaba una banda milagrosa. En otra pared había un oboe; escalas simples, y además el músico per-



día el tiempo, acentuaba mal, desafinaba el pobrecito. Por una pared de la cocina se filtraba un corno, un desastre, llevaría un mes de aprendizaje. En cambio yo tenía en mi haber una temporada que había permitido a las cebollas de la caja convertirse en un jardín, unos tallos suaves y de verde cándido inclinados hacia la escasa claridad del tragaluz donde se corporizaba el polvo mañanero.

Levanté la alfombra y oí que en el piso de abajo también se hacía música. Parecía un conjunto, pero no pude determinar los instrumentos. Lo mismo sucedía con el techo. Trepado en una silla y ésta sobre la mesa, alcancé a pegar la oreja con lo justo: un pie golpeaba rítmicamente contra el suelo, como los principiantes, llevando el ritmo de un instrumento rival apenas audible, claramente un tres por ocho. Me sentí encerrado en una inmensa caja sonora tocada desde afuera por músicos invisibles, con claras evidencias de que el edificio entero era la madriguera de por lo menos un centenar de músicos secretos preparándose ante la esperanza de poder integrar algún día la bandita esquiva y saltarina.

En música lo peor es desmoralizarse. Ponía toda mi voluntad para superar aquella lección pero nunca podía pasar del décimo compás, donde empezaban las dificultades serias. Cada vez que lo intentaba, al llegar a los compases difíciles, un par de notas antes se me saltaban las lágrimas, sin estar lo que se dice llorando: brotaban de puro desconsuelo. Cuando estudiaba en la cama (posición incorrecta, claro) y llegaba a los compases rebeldes, que eran sólo tres pero terribles, y medio los salteaba ejecutando algunas de sus notas aunque sin perder el tiempo, el flauta del otro lado me golpeaba la pared. En esos momentos lo odiaba, sin considerar sus intenciones de corregirme. Luego, pensando que seguramente no conocía a Carlos ni tenía quien le informase sobre las apariciones de la banda, y que en consecuencia todos sus conocimientos fuesen inútiles, me entraba un remordimiento y se me saltaban las lágrimas, sin llorar, lo mismo que con los compases rebeldes. Para evitar esa situación, trasladé mi cama a la pared opuesta.

Llevé las cebollas brotadas a un lugar más próximo a la claridad del tra-



die podía mencionar en casa. Yo correteaba por la plaza sin atender la la banda; lo que tocaban era más bien música de fondo para mis cacerías de mariposas y escarabajos gordos de todos los colores, mientras mi tía y su viudito alegre intercambiaban en el banco, casi escondidos en la poca luz crepuscular, rápidas caricias que yo sorprendía y olvidaba. Plaza del monolito solitario (el busto del prócer solicitado por la municipalidad al gobierno central no llegó nunca), siempre verdeando después de las primeras lluvias, invadida por malezas azules y amarillas, tan silenciosa que entre pieza y pieza de la banda podías oír cantar los pájaros, y el único peligro a considerar era aquella vaca acrobática que esquivando alambrados se acercaba todos los jueves esperando un descuido del placero para comerse las glicinas.

aquí sos vos.

No recuerdo qué le contesté, antes de colgar rápidamente. Vi que la flauta, con su estuche, cabía justo en mi valijita, y todavía quedaba un espacio para una muda de ropa. Doblé y acomodé todo en la valija cuidadosamente, a pesar del apuro por salir, pensando que si procedía en orden desde el principio todo saldría bien, sin saltar cosas o apresurarme innecesariamente, como había hecho con mis lecciones de flauta. Porque mi fracaso se debía sin duda a una falta de orden, no a que estuviera negado para la música. No me preocupaba el no haber podido superar la lección clave del método. En la prueba, si la había, ejecutaría aquella lección fácil que dedicaba todos los días a mis plantas, más por deseos de comunicarme con ellas que por necesaria disciplina. Esta lección nunca me la había oído Carlos, ni el maestro Perini. Seguro que la hubiesen aprobado, olvidando lo fácil que era de tocar, convencidos por la expresión que le daba. Porque, francamente, me salía bordada.

"Cuartito azul". En ese sentido hablé por última vez con las plantas, con mi jardín en flor. Me disculpé de abandonarlas justo en ese momento,

seguro de que ellas habían florecido para mí, y todo eso del marinero de Machado.

Bajé por la escalera siguiendo un impulso de apropiarme, pisándolos, de cada uno de los escalones. Aunque todavía era de día, la luz de abajo ya estaba prendida.



die podía mencionar en casa. Yo correteaba por la plaza sin atender la la banda; lo que tocaban era más bien música de fondo para mis cacerías de mariposas y escarabajos gordos de todos los colores, mientras mi tía y su viudito alegre intercambiaban en el banco, casi escondidos en la poca luz crepuscular, rápidas caricias que yo sorprendía y olvidaba. Plaza del monolito solitario (el busto del prócer solicitado por la municipalidad al gobierno central no llegó nunca), siempre verdeando después de las primeras lluvias, invadida por malezas azules y amarillas, tan silenciosa que entre pieza y pieza de la banda podías oír cantar los pájaros, y el único peligro a considerar era aquella vaca acrobática que esquivando alambrados se acercaba todos los jueves esperando un descuido del placero para comerse las glicinas.

aquí sos vos.

No recuerdo qué le contesté, antes de colgar rápidamente. Vi que la flauta, con su estuche, cabía justo en mi valijita, y todavía quedaba un espacio para una muda de ropa. Doblé y acomodé todo en la valija cuidadosamente, a pesar del apuro por salir, pensando que si procedía en orden desde el principio todo saldría bien, sin saltar cosas o apresurarme innecesariamente, como había hecho con mis lecciones de flauta. Porque mi fracaso se debía sin duda a una falta de orden, no a que estuviera negado para la música. No me preocupaba el no haber podido superar la lección clave del método. En la prueba, si la había, ejecutaría aquella lección fácil que dedicaba todos los días a mis plantas, más por deseos de comunicarme con ellas que por necesaria disciplina. Esta lección nunca me la había oído Carlos, ni el maestro Perini. Seguro que la hubiesen aprobado, olvidando lo fácil que era de tocar, convencidos por la expresión que le daba. Porque, francamente, me salía bordada.

"Cuartito azul". En ese sentido hablé por última vez con las plantas, con mi jardín en flor. Me disculpé de abandonarlas justo en ese momento,

de mariposas y escarabajos gordos de todos los colores, mientras mi tía y su viudito alegre intercambiaban en el banco, casi escondidos en la poca luz crepuscular, rápidas caricias que yo sorprendía y olvidaba. Plaza del monolito solitario (el busto del prócer solicitado por la municipalidad al gobierno central no llegó nunca), siempre verdeando después de las primeras lluvias, invadida por malezas azules y amarillas, tan silenciosa que entre pieza y pieza de la banda podías oír cantar los pájaros, y el único peligro a considerar era aquella vaca acrobática que esquivando alambrados se acercaba todos los jueves esperando un descuido del placero para comerse las glicinas.



No recuerdo qué le contesté, antes de colgar rápidamente. Vi que la flauta, con su estuche, cabía justo en mi valijita, y todavía quedaba un espacio para una muda de ropa. Doblé y acomodé todo en la valija cuidadosamente, a pesar del apuro por salir, pensando que si procedía en orden desde el principio todo saldría bien, sin saltar cosas o apresurarme innecesariamente, como había hecho con mis lecciones de flauta. Porque mi fracaso se debía sin duda a una falta de orden, no a que estuviera negado para la música. No me preocupaba el no haber podido superar la lección clave del método. En la prueba, si la había, ejecutaría aquella lección fácil que dedicaba todos los días a mis plantas, más por deseos de comunicarme con ellas que por necesaria disciplina. Esta lección nunca me la había oído Carlos, ni el maestro Perini. Seguro que la hubiesen aprobado, olvidando lo fácil que era de tocar, convencidos por la expresión que le daba. Porque, francamente, me salía bordada.

"Cuartito azul". En ese sentido hablé por última vez con las plantas, con mi jardín en flor. Me disculpé de abandonarlas justo en ese momento,

seguro de que ellas habían florecido para mí, y todo eso del marinero de Machado.

Bajé por la escalera siguiendo un impulso de apropiarme, pisándolos, de cada uno de los escalones. Aunque todavía era de día, la luz de abajo ya estaba prendida.

seguro de que ellas habían florecido para mí, y todo eso del marinero de Machado.

Bajé por la escalera siguiendo un impulso de apropiarme, pisándolos, de cada uno de los escalones. Aunque todavía era de día, la luz de abajo ya estaba prendida.





